

perio de paganos, y de paganos de tal manera perseguidores de la fe, que no permitian a ningun hombre llegar a sus riberas sin pisar el signo de la redencion, se hayan conservado las obras de la fe en el misterio durante siglos y siglos? . . . Pero lo que Dios quiere se cumple, porque los acontecimientos están en su mano, y él los regula. Sobre el árbol de la cruz fueron escritas estas cuatro palabras: *Jesus Nazarenus Rex Judæorum*. Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los fariseos, pidieron a Pilato que se borraran, para poner en su lugar, que Jesus *se decia* rey de los judíos. ¿Qué respondió Pilato? Lo escrito, escrito. Y un Padre de la Iglesia, comentando ingeniosamente estas palabras, nos enseña, que: *Ideo Pilatus, dixit: Quod scripsi, scripsi; quia Deus dixerat: Quod dixi, dixi*: es decir, que las palabras de Dios no se borran jamas. . . . Y el hecho del Gólgota, lo vemos reproducirse en esto que pasa, porque este Jesus de Nazareth tambien habia dicho: *Regnum meum non est de hoc mundo*; por lo cual se debe entender que no habia recibido su reino de los hombres, sino de su Padre celestial. Es, pues, Rey de Jerusalem, Rey de Roma y del mundo; lo ha sido y lo será hasta la consumacion de los siglos. . . .

« ¡Ah! recomendémonos a estos mártires, a fin de que nos inspiren el valor necesario, en los tiempos que atravesamos, aquí y fuera de aquí. Demos gracias a la Divina Bondad, porque conserva milagrosamente la union del episcopado con el centro de la unidad. Esta union nos da la fuerza para prevalecer constantemente contra nuestros enemigos. . . . Y cuando Dios vea que los furiosos de su justicia se han aplacado, que nuestros pecados están lavados, se acordará de su misericordia, y cambiará nuestro dolor en gozo.

« Este cambio, sin embargo, no puede obtenerse por las impaciencias, por las murmuraciones, sino por un corazón contrito y un espíritu humilde.

« Pidamos a Dios que nos consuele, y afirme nuestra esperanza con su bendicion. Que el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo os bendigan, y que esta bendicion esté acom-

pañada de la fuerza para combatir; de la sabiduría para confundir; de la caridad para amar.»

Alocucion de Pio IX sobre la promocion de los Obispos á las sede-vacantes de Italia.

La revolucion impía que desola la Italia, habia lanzado a multitud de obispos de sus diócesis, a fin de perder mas fácilmente a los rebaños privados de sus legítimos pastores.

El venerable cardenal de Nápoles, tan popular a causa de su santidad y de su amor a los pobres, no habia encontrado gracia ante estos filántropos y pretendidos amigos del pueblo.

El cardenal de Angelis, y otros muchos santos preladados estaban tambien en el destierro, sin que hubiese motivo alguno para estas medidas de rigor. Para hacer a la *Iglesia libre en el Estado libre*, los demagogos se han apoderado de los bienes del clero y de las congregaciones religiosas que eran el patrimonio de los pobres.

Los protestantes, ayudados por la revolucion, aprovechan este triste estado de cosas para venir a establecerse y levantar templos en medio de estas poblaciones totalmente católicas.

Se comprenderá fácilmente, cuánto habrá sufrido el gran corazón de Pio IX al ver a su querida Italia a merced de los sectarios que profanan las iglesias, expulsan a los religiosos, aprisionan a los sacerdotes y se entregan impunemente a todos sus desórdenes sacrilegos.

Por otra parte, el nuevo gobierno, despues de haber intentado vanamente establecer una iglesia cismática en este país donde la fe ha echado tan profundas raíces, queriendo dar una satisfaccion a la opinion pública, hizo algunas demandas cerca del Papa para el nombramiento de los obispos en las sede-vacantes. Pero a causa de la mala voluntad y de las pretensiones de los ministros del reino subalpino,

las cosas permanecieron en este estado. Vueltas a tomar en consideracion mas tarde, gracias a la caridad de Pio IX, que quiere ante todo la salvacion de las almas, han tenido un principio de ejecucion.

En el consistorio secreto, tenido con este motivo el 22 de Febrero de 1867, en el palacio del Vaticano, Su Santidad Pio IX ha pronunciado la alocucion siguiente, llena de esa caridad apostólica que caracteriza al augusto Pontífice.

Ved aquí la traduccion de este discurso donde se resume admirablemente la cuestion de los obispados vacantes.

« VENERABLES HERMANOS: »

« Estrechado por la caridad de Cristo a procurar por cualquier medio posible que cese la viudedad de tantas diócesis de Italia, el mes de Marzo de 1865 escribimos de nuestra propia mano una carta al serenísimo rey Víctor Manuel, suplicándole que nos enviase alguna persona con quien pudiésemos tratar de una cuestion tan grave. Habiendo accedido este Soberano a nuestros deseos, se comenzaron en efecto las negociaciones; pero sin que hubiese culpa por nuestra parte, estas quedaron sin resultado; y nuestro ardiente deseo de procurar la salvacion de las almas, este deseo que la Santa Sede ha considerado y con razon como su objeto principal, fué tambien engañado.

« Ultimamente se han vuelto a tomar en consideracion estas negociaciones por la voluntad de aquellos que mandan en Italia: pero, venerables hermanos, no podremos hablar sobre este asunto sin una profunda tristeza y un amargo dolor. Porque no solamente los obispos que vamos a enviar a las sede-vacantes encontrarán los bienes de cada mesa episcopal disipados, así como los recursos que servian habitualmente para su propio sostenimiento y el de los pobres, sino lo que es peor, las piedras del santuario dispersadas, los asilos de la perfeccion religiosa desiertos, los habitantes de los claustros privados de todos medios para subsistir, las vírgenes sagradas arrancadas de la celda don-

de se habian retirado con la ayuda de Dios para vivir allí y morir en el ósculo del Esposo celestial. Ciertamente es triste y doloroso enviar a los obispos a que ocupen sedes reducidas a tal estado, sobre todo en una situacion tan crítica de la cosa pública. ¿Qué hacer entónces? ¿Renunciar a nuestro proyecto? Léjos de eso. Que vayan los obreros a la viña plantada por Dios y regada con la sangre de su Hijo; que vayan a cultivarla a nombre de Jesucristo, esperando de El su soberana asistencia; que partan confiando en la proteccion de la Madre de Dios, que tiene el poder de darles un apoyo invisible. Silla de la sabiduría, llenará a los pastores de disciplina é inteligencia; Refugio de los pecadores, les guiará con facilidad a muchos descarriados; Consoladora de los afligidos, aliviará por ellos los males de muchos desgraciados; Socorro de los cristianos, les conciliará el respeto y amor filial de una multitud, a fin de que la docilidad y amor de la mayor parte de sus ovejas les sea un alivio en el ejercicio de una carga tan pesada, y un consuelo en el combate que tienen que sostener contra los enemigos de Dios y las potencias de las tinieblas, que se esfuerzan por apoderarse de todo el campo evangélico para devastarlo. Esta es la razon porque entre los nuevos pastores, nombrarémolos a algunos que pertenecen a Italia, y esperamos nombrar otros en los consistorios futuros, si todavía las opiniones, ay! bien distintas de los hombres que viven segun el placer del siglo, pueden convenir con las nuestras, principalmente en lo que mira a la eleccion de las personas. No hay lugar para extendernos mas sobre la situacion actual: el porvenir, a ménos que la diestra del Altísimo intervenga, se anuncia ya bastante por los tristes acontecimientos que ya se han desarrollado. Nosotros debemos tener confianza en Dios. Así como por la intercesion de la Virgen Inmaculada y de los santos Apóstoles, nos ha tenido hasta aquí bajo la sombra de sus alas, protegiéndonos de una manera tan visible; de la misma manera, así lo esperamos, cambiará nuestro dolor en gozo. Esforcémonos, pues, venerables hermanos, para preparar y

do para entregar los harapos que han arrancado de su poder, a viles procónsules venidos de afuera. El toma la palabra, ya como padre cariñoso, ya como juez ó monarca justamente indignado.»

Ademas de esta gloria, que no mira, por decirlo así, mas que al estilo de lenguaje, todos sus Breves tienen ademas la de conservar intacta la gran nocion del Derecho. Se han fraguado millares de sofismas para justificar la revolucion de los Romanos. ¿Qué no se ha invocado para absolver esta maldad? El descontento de los pueblos, la caducidad ó el despotismo del gobierno pontificio, la imposibilidad de seguir con él el progreso y la civilizacion moderna, su pretendida adhesion a la causa austriaca, las necesidades imperiosas de la unidad y de la independencia. Tales son las razones que se han hecho valer. ¡Razones imaginarias ó pueriles! pero al mismo tiempo razones fatales. No contienen mas que calumnias: pero suponiendo que tuviesen alguna solidez, si pudiesen prevalecer como un título serio para sacudir la autoridad pontificia, la nocion del derecho y su estabilidad quedarian destruidas en el mundo. Todos los fanáticos ó los ciegos que las han aplaudido, de hecho no ven las consecuencias; los espíritus falsos ó apasionados, tienen ordinariamente cortos alcances y son tachados de imprevision. Son al mismo tiempo poco lógicos y no miran jamas que ciertas doctrinas que profesan se vuelven contra ellos mismos para estrellarlos. Pero el Soberano Pontifice tiene su mirada mas profunda, ve mas léjos. Ninguna de las sutilezas que han invocado han ofuscado su sabiduría ni sorprendido su conciencia. A despecho de todos estos pretextos, mantiene la inviolabilidad de las donaciones y de los tratados, sobre los cuales reposan sus posesiones temporales: rehusa tanto a las agresiones de la anarquía, como a las inícuas invasiones del extranjero, el derecho de desmembrar el dominio apoyado sobre estas bases sagradas y seculares, y por esta protesta solemne, eleva la idea y la santidad del derecho en general, no solamente sobre las tempestades po-

líticas y vicisitudes sociales, sino aun sobre las incertidumbres y oscuridades donde las tiene sumergidas el vértigo de nuestra época. Es un servicio que ha hecho al mundo.

Recomendaciones de Pio IX á los oficiales de su ejército.

Quién no admirará la fuerza de espíritu del augusto Pio IX. Ora se dirija a los obispos ó a los príncipes de la tierra, ora a los sacerdotes ó a los soldados, lo hace siempre, segun las circunstancias mas ó ménos difíciles en que habla, con una oportunidad y una libertad de expresion cuyo secreto solo él posee.

El 27 de Diciembre de 1866, los oficiales del ejército pontificio fueron al palacio del Vaticano para ofrecer al Santo Padre sus homenajes con motivo del dia de su santo. Nosotros encontramos en la correspondencia de Roma de *l'Unita Cattolica* el discurso pronunciado en esta circunstancia por el general Kanzler, ministro de las armas, y una version mas detallada de la respuesta de su Santidad. Ved aquí la traduccion.

« SANTÍSIMO PADRE: »

« El ejército pontificio, representado por la mayor parte de sus oficiales, deposita por mi conducto, a los piés de Vuestra Santidad, los votos mas respetuosos y los mas ardientes. Este pequeño ejército, considerablemente aumentado desde el año pasado con hombres adictos a la Santa Sede y a la santa causa que defiende, reconocido por los beneficios que Vuestra Santidad le ha prodigado, sabe apreciar su mision ahora doblemente gloriosa, y no retrocederá ante ningun sacrificio para mostrarse digno de ella. En este momento en que las simpatías de todas las personas honradas se vuelven con ansiedad hácia Roma, nosotros renovamos solemnemente nuestro juramento de fidelidad y de adhesion a Vuestra Santidad. Sabremos guardar esta aptitud de

calma y moderacion que conviene a soldados disciplinados; pero siempre que nos veamos precisados a tomar las armas, cumpliremos enérgicamente nuestro deber, y tendremos el consuelo de no haber combatido al pueblo romano que atestigua públicamente su veneracion y afecto por el Soberano Pontífice, sino a estos emisarios del mal, a esos sediciosos de profesion que anhelan por destruir, si fuese posible, los fundamentos de todo orden religioso y social. Dignaos, Santo Padre, recibir con bondad la expresion de estos votos y de estos sentimientos, y bendecirnos con nuestras armas, así como a nuestras familias y compañeros ausentes.»

El Santo Padre contestó:

«Me es muy grato encontrarme rodeado de los oficiales de mis tropas, recibir los votos que me dirigen, y oír repetir por conducto del señor Ministro de las armas, la seguridad de vuestra fidelidad y de vuestra adhesión a mí y a la Santa Sede. He tenido ya muchas pruebas de esta fidelidad y de esta adhesión, y estoy persuadido de que estos sentimientos se fortificarán mas y mas, y se manifestarán ahora que nos encontramos en momentos tan difíciles.

«Mucho me agrada el oír afirmar que vuestra resolución, ante todo, es dar pruebas de moderación, de prudencia y de disciplina, y que estais resueltos a usar de toda vuestra energía en el caso en que, por la defensa de mis derechos, del orden y de la sociedad, os veais obligados a tomar vuestras armas. Sí, ahora mas que nunca, es necesario que la conducta de la tropa esté exenta de toda provocación. Yo lei ayer en un diario notoriamente revolucionario, un plan formado, dicen, para asestar un nuevo golpe a los derechos de la Santa Sede. Se esfuerzan por encontrar un pretexto que diese la aptitud de la tropa, para hacer a la población hostil al ejército. Se espera además sembrar la división y la zizania entre los diversos cuerpos extranjeros é indígenas que componen el ejército pontificio. A vosotros toca desbaratar estas tramas inícuas, hacer vanas estas detestables esperanzas. Bajo mi estandarte no debe haber nin-

guna diferencia de país ó nacion. Todos vosotros sois católicos y defendeis al Papa; todos sois mis hijos, y velais por el Padre comun.

«Hay ahora en manos de la justicia un hombre que sembraba el desorden en mi Estado. Veis, pues, que mis enemigos continúan sus pérfidas maquinaciones; pero á la hora del peligro, apelaré a vosotros, y vosotros, fieles a vuestro juramento, sabréis cumplir con energía vuestro deber.

«Estoy muy agradecido a los que habeis abandonado patria y familia, para alistaros bajo el estandarte de la Santa Iglesia; y tambien doy las gracias a aquellos de mis súbditos que se han colocado voluntariamente bajo mi bandera. Que el Todopoderoso os bendiga, así como a vuestras familias y compañeros.»

El corresponsal termina su carta con una anécdota picante, que ayudará a apreciar la situación actual de Roma, y el espíritu que anima a la gran mayoría de la población romana:

«Mientras que los romanos, dice, contentos por no sentirse bajo la presión amenazadora de agentes provocadores de turbulencias, buscan todas las ocasiones de manifestar al Soberano Pontífice su adhesión y fidelidad, algunos jóvenes, afiliados en los comités revolucionarios, afectan salir de los cafés donde se encuentran, cuando los zuavos, ó legionarios pontificios entran a ellos. Esta pequeña manifestación ha sido notada por Marforio y por Pasquino, los que uno de estos días han cambiado el diálogo siguiente:

«MARFORIO.—¿Sabes por qué nuestros bravos jóvenes salen cuando los zuavos entran?

«PASQUINO.—No. Dímelo.

«MARFORIO.—Escucha bien. Es porque para librar a la Lova esclava (Roma), se ejercitan en la célebre maniobra que el ejército y la flota italianos han ejecutado en Custozza y Lissa para tomar a Venecia.

«La población romana ha recibido con una carcajada este epigrama dialogado, que han cambiado entre sí las dos

estatuas que tienen en Roma el privilegio de la sátira, y vuelve a comenzar la risa en las calles y cafés, cuando ven a uno de estos jóvenes héroes, tan hábiles para batirse en retirada.”

El verdadero progreso, según Pio IX.

Todos saben cuántas gentes han sido engañadas ahora, haciendo resonar en sus oídos, las palabras sonoras de *Nacionalidad*, de *Civilización* y de *Progreso*. Pio IX no deja pasar ninguna ocasión favorable, sin protestar contra esta táctica de los revolucionarios.

Una correspondencia de Roma, da la versión siguiente de la respuesta del Papa a los agradecimientos que le dirigian en la Biblioteca del convento de San Agustín, después de la promulgación del decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, relativa a la causa de los 205 mártires japoneses, muertos por la fe, de 1617 a 1632:

«La sociedad humana está dividida en dos grandes partidos: uno marcha bajo el estandarte de Jesucristo, otro bajo el de la revolución. Estos dos partidos son irreconciliables, porque sostienen principios diametralmente opuestos. Hay, es verdad, en Inglaterra, en Francia, en Bélgica y en Italia, un corto número de personas que quieren conciliar estos dos partidos; pero *stulto consumuntur labore*.

«Es necesario reconocer, que del lado de la revolución, se ve de cuando en cuando algunas personas, que fatigadas de los desórdenes y del mal, salen de los principios de esta revolución, y pasan bajo la bandera de Jesucristo. Todo el que desee procurar el bien del prójimo por la predicación, por sus escritos, por sus conversaciones, debe exhortar a estas personas a la perseverancia. Es necesario animarlas a la defensa de la verdad y de la virtud, por todos los medios de que se pueda disponer.

.

«El progreso y la civilización, son dos palabras cuyo eco llena la Europa, y más que la Europa; y Dios permite que los hombres que alaban tan alto estas dos palabras, estén encargados de arreglar, ó mas bien, de desarreglar (*sregolare*) la sociedad.

Pero la civilización y el progreso de que se trata, consisten en poner puentes, horadar túneles, establecer grandes vías de comunicación, construir edificios, satisfacer, en fin, las pasiones, el bienestar, los intereses materiales, y no en seguir el deber, en propagar la religión, en defender la Iglesia. . . . De ahí viene que un gran número de hombres, viendo prosperar este progreso y esta civilización, se ha lanzado a los trastornos y a las revoluciones que se suceden con una terrible facilidad. De ahí viene también que este gran número de hombres, se encuentre en un estado lamentable. ¡Tal es la civilización, tales son los progresos de nuestra época, separados de la fe! La Iglesia también tiene su civilización y su progreso, pero muy diferentes; porque sus fines son diametralmente opuestos a los fines de sus enemigos.

El progreso de la fe consiste para los cristianos en elevarse de virtud en virtud, *Ibunt de virtute in virtutem*: hasta la unión perfecta con Dios, encuentran infaliblemente abundantes socorros en su camino; este camino que conduce a la vida, a la eternidad, *qui ducit ad vitam, vitam æternam*: se sienten penetrar por este espíritu de fuerza y de generosidad que los conduce hasta no temer, ni el encarnizamiento de sus adversarios, ni el dolor de los suplicios. El progreso de la ley procrea las poderosas legiones de mártires. Esto mismo es lo que nos reúne ahora en este lugar. ¡Cuántos mártires han derramado su sangre! . . . ¡cuántos jóvenes han expuesto su vida para propagar la fe! Así podemos aplicarles estas palabras que canta la Iglesia en el himno de los Inocentes: *¡Salvete, flores martyrum! ¡palma et coronis luditis!* ¡Oh grandezas de Dios! ¡Oh triunfos de su gracia!

«¿Quién se hubiera imaginado que en el Japon, este im-